



¿Alcanza Sibilla Aleramo a ver reflejado en  
el espejo  
las huellas que su familia han dejado en su  
rostro?

Cristina Martín de Doria  
Universidad de Sevilla

---

A menudo, toda persona tiene una especial predilección por algún miembro de la familia en concreto: a veces el padre, a veces la madre, otras veces el hermano o hermana, etc.... generalmente una hija siente siempre más apego a su madre que a su padre y viceversa, pero a Sibilla Aleramo le sucede justamente lo contrario; ella admira excesivamente a su padre dejando a su madre en un mero segundo plano. De hecho Sibilla nos habla poquísimamente de sus hermanos y no demasiado de su madre, mientras que su padre se convierte en el personaje más importante e influyente en su vida. Con esto queremos hacer ver que la influencia que la familia ha ejercido en la persona de Sibilla es imprescindible para comprender su carácter, su personalidad, sus inquietudes, sus angustias.... Sin duda, la familia marca claramente la línea de la difícil y tortuosa vida de Sibilla Aleramo. Por tanto se estudiará aquí la relación de Sibilla con las personas más cercanas a ella, porque como dice Bachtin “ nell’ autobiografico i valori degli altri sono quelli che governano il soggetto sia amorevolmente sia autoritariamente” (Bachtin - 138).

Sibilla presenta a su madre como una persona de origen modesto: “Ella era nata in un ambiente modestissimo d’impiegati” (*Una donna*, 21) y con la huella en su rostro de falta de cariño: “ Doveva esser cresciuta fra le strettezze, poco amata. Cenerentola della casa” (*Una donna*, 21).

La fe religiosa de su madre y el hecho de sentirse cristiana: “Mia madre da fanciulla era stata allevata nella fede di Cristo” (*Un amore insolito*, 44), no era algo que compartiese con ella; en primer lugar porque, debido a su adoración por su padre, como éste se consideraba ateo, ella no podía sentirse, en ningún momento cristiana: “Mio padre mi si era allora rizzato davanti alla mente: mio padre era ateo, io ne ero ben sicura” (*Una donna*, 7), y en segundo lugar porque, según Sibilla, ese Dios al que su madre adoraba no le había jamás aliviado uno solo de sus muchos dolores y sufrimientos: “Ella soffriva già abbastanza, chiusa nel suo dolore” (*Una donna*, 49). Por tanto Sibilla adora a su padre como a un dios, lo admira y lo considera el único ejemplo a seguir. No por nada Sibilla se ve a sí misma como una : ” fanciulletta per le vie della vecchia Milano con la mano nella mano di mio padre, ascoltando ogni parola di lui come un oracolo” (*Un amore insolito*, 44). Sólo con él se siente feliz más allá de todas las cosas terrenas: “Accanto a lui... - ricorda- mi sentivo lieve, come al disopra di tutto” (*Una donna*, 19-20). Algunas veces se preguntó si simplemente su madre “creía en Dios” porque verdaderamente tenía fe o porque lo daba a entender debido a ese temido “ ¿qué dirán? ”: “ mi chiedevo se la mamma andava alla messa, la domenica, proprio per suo piacere o per qualche strano timor della gente” (*Una donna*, 8).

Sibilla no ama a su madre y ella en un cierto momento está obligada a decir que: “come madre non aveva mai goduto della riconoscenza delle sue creature” (*Una donna*, 63). Sibilla sabe que su madre no sólo es una incomprendida como madre sino que también lo es como esposa: “Come moglie -scrive-, le poche gioie le si erano mutate in infinite pene...Il suo

cuore non aveva mai trovato la via dell'effusione. Era passata nella vita incompresa da tutti" (*Una donna*, 63).

Sibilla quizás no ama tanto a su madre porque no con divide su estilo de vida, su carácter, quizás demasiado 'artificial' o demasiado simple. Ella deseaba ser en la vida algo más que una pobre esposa desgraciada que no puede hacer todo aquello que le venga en gana. Ella, cuando se dio cuenta de que en realidad no había tenido una madre a la que poder amar, dijo: "Verso gli otto anni -confessa- avevo come lo strano timore di non possedere una mamma 'vera'... Due, tre anni dopo, a questo timore succedeva in me la coscienza di non riuscire ad amar mia madre come il mio cuore avrebbe desiderato" (*Una donna*, 22). Por tanto podemos decir que en realidad la madre de Sibilla Aleramo sólo fue para ella una gran "ausencia": "Ella, è vero, non entrava come elemento essenziale in nessuno de' miei ricordi luminosi" (*Una donna*, 63).

Como hemos visto hasta ahora Sibilla prefiere a su padre antes que a su madre: "E sempre io ero disposta a credere che mio padre avesse ragione più di lei (la madre)" (*Una donna*, 21).

Aunque Sibilla sabe que su padre es un hombre autoritario e inflexible, no puede dejar de admirarlo aunque si bien intentó cambiarle su fuerte carácter, eso sí, inútilmente: "Il babbo, sí, si palesava uomo di comando, inflessibile e onnipotente" (*Una donna*, 29); "ma io sapevo che inutilmente avrei tentato di modificare la disciplina ferrea del babbo" (*Una donna*, 30).

Como dice Mercedes Arriaga "Nella genealogía la forza di valore dell'altro, che non è un'invenzione, è convalidata dal soggetto autobiografico e determinerà tutta la sua vita, non soltanto l'infanzia" . Por tanto, como bien nos aclara Mercedes Arriaga, "nel testo dell'Aleramo esiste una costruzione del soggetto autobiografico che si rifà alla legge del padre" (*Mio amore, mio giudice*, 88). Sibilla afirmó desde el principio de su obra que: "tutta l'idea d'autorità si concentrava nella persona paterna" (*Una donna*, 3).

Sibilla había heredado de su amadísimo padre, sobre todo, su placer por la lectura y la cultura, algo que en aquella época estaba restringido a las "mentes masculinas", de ahí que su madre no viera con muy buenos ojos esta afición suya: "Il babbo dirigeva i miei studi e le mie letture" (*Una donna*, 2); "non m'annoiavo mai. Spesso rifiutavo di accompagnar la mamma a qualche visita e restavo a casa, sprofondata in un gran seggiolone, a leggere i libri più disparati, sovente incomprensibili per me, ma dei quali alcuni mi procuravano una specie d'ebbrezza dell'immaginazione e mi astraevano completamente da me stessa" (*Una donna*, 3); "Ella mi ammirava in silenzio, riportando su me un poco dell'orgoglio già provato per la balda energia dello sposo; ma non approvava il metodo d'educazione a cui mi assoggettavo con tanto fervore; temeva per me, imaginando certo che io crescessi senza sentimento, ch'io fossi destinata a vivere col solo cervello" (*Una donna*, 5-6).

Para Sibilla su hijo fue lo único que le aportó fuerzas para seguir viviendo, razón a su vida y felicidad para sí misma: “Avevo alfine, uno scopo nell’esistenza, un dovere evidente. Non solo mio figlio doveva nascere e vivere, ma doveva essere il più sano, il più bello, il più buono, il più grande, il più felice” (*Una donna*, 67). Después del nacimiento de su hijo ella parece encontrar sentido a su vida: “posi per la prima volta le labbra sulla testina di mio figlio, mi pare che la vita per la prima volta assumesse ai miei occhi un aspetto celestiale” (*Una donna*, 70); “la mia vita si concentrava in quel piccolo essere” (*Una donna*, 74).

Sibilla Aleramo se había unido en matrimonio, como veremos más adelante, a un hombre totalmente mezquino, que le había privado de toda esa libertad que ella ansiaba desde siempre. Se convirtió, al igual que su madre, aunque con la diferencia de que Sibilla era consciente de ello, en una esclava de su marido cayendo en la misma red que su madre sin poder salir, porque lo único que le impedía escapar de ese mundo de esclavitud era el hecho de no poder soportar perder a su hijo. Según ella: “Ero necessaria a mio figlio quanto egli a me” (*Una donna*, 76). Con tal de no perder a su hijo era capaz de hacer cualquier cosa, incluso hasta renunciar a la libertad y seguir viviendo una vida totalmente mezquina: “gli dissi che avevo rinunciato ai propositi d’indipendenza, ... per non essere privata di mio figlio m’ero decisa a riprendere la vita meschina e falsa” (*Una donna*, 165).

Sin embargo Sibilla, después de haber intentado suicidarse varias veces, llega a la conclusión de que ya no puede soportarlo, deja a su marido y, a costa de un profundo dolor, como el causado por la separación de su hijo, Sibilla reconquista su personalidad, se transforma en un ser humano y comienza a encontrarse en paz consigo misma: “In cielo e in terra, un perenne passaggio. E tutto si sovrappone, si confonde, e una cosa sola su tutto, splende: la pace mia interiore, la mia sensazione costante d’essere nell’ordine, di potere in qualunque istante chiudere senza rimorso gli occhi per l’ultima volta” (*Una donna*, 202).

La ley protegía siempre al hombre, nunca a la mujer, porque supuestamente ella había sido creada por los hombres: “Io restava proprietà di quell’uomo, dovevo sentirmi fortunata ch’egli non mi facesse ricondurre colla forza. Questa era la legge” (*Una donna*, 201); “la legge era come la porta di un carcere, ne sentivo tutta la mostruosità. È possibile? La legge diceva che io non esistevo. Non esistevo se non per essere defraudata di tutto quanto fosse mio, i miei beni, il mio lavoro, mio figlio!” (*Una donna*, 194). Sibilla sufrió en su propia piel esta injusticia social, porque tuvo que dejar a su hijo con el padre, con ese hombre que no sabía protegerlo, ni ayudarlo, pero como era un hombre defendido por la ley...

La relación con su marido fue desagradable desde el principio. Hacia el año 1890 Sibilla trabajaba en la fábrica de su padre y allí conoció a uno de sus compañeros con el que comenzó a entablar largas conversaciones. Este compañero no le permitía tener más amigos que él: “il mio compagno d’ufficio non mi lasciò cercare a lungo. Restavamo spesso soli nello stanzone grigio (...) Fra un lavoro e l’altro continuavamo a scambiarci frasi più o

meno scherzose” (*Una donna*, 43). Este chico tenía unos veinticinco años mientras que ella sólo era una quinceañera, pero quizás fuera su soltura para mantener conversaciones en las que pensaba y reflexionaba, lo que le llamó la atención, alguien para quien “la donna era un essere naturalmente sottomesso e servile” (*Una donna*, 43).

Realmente el marido fue el detonante de todas las tragedias que vivió Sibilla. Hasta que le conoció, ella era perfectamente feliz y tenía muy claro que intentaría por todos los medios mantener firme sus ideales de independencia y su carácter, pero este compañero, en muy poco tiempo, hizo que todo su mundo se derrumbara ante sus propios ojos, comenzando por la pérdida de su ser más querido, de su dios, de su guía, de su luz, es decir, de su padre. Este joven, que no tenía una muy buena relación con el padre se Sibilla, le contó a ella el secreto de la relación amorosa de su padre con una chica que trabajaba en la fábrica. Ella se sintió totalmente traicionada, defraudada y desilusionada y comenzó a odiar a su padre, que pasó de ser el modelo de vida a seguir por ella a un objeto de terror. Sibilla se sentía perdida, sin rumbo, ya no tenía a su padre para conducir su vida después de averiguar que él no era sólo uno más, sino que era como los otros hombres, e incluso peor.

Pero el joven y futuro marido de ella, no se contentó con haberle dado a Sibilla la peor noticia que le podrían haber dado en su vida, sino que se aprovechó de la situación intentando consolarla, eso sí, a su manera tan mezquina: “Mi prodigava una pietà che in tutt’ altre circostanze mi avrebbe offesa... mi sentivo stringer le mani, accarezzar i capelli, e il mio essere credeva inconsapevolmente alla dolcezza di quel contatto, mentre tremavo d’ira e di disperazione” (*Una donna*, 44-45).

Sibilla decidió dejar su trabajo en la fábrica de su padre a pesar de que quería aquel trabajo y amaba su independencia; sentía que se estaba volviendo loca y naturalmente buscó refugio en el joven compañero, porque, una vez que había perdido a su padre, le quedaba sólo ese hombre, que creía, equivocadamente, que podría consolarla y comprenderla. Y digo equivocadamente porque este hombre fue el causante de todo el sufrimiento que rigió la vida de Sibilla desde el día en que se enteró de la terrible noticia sobre su padre. De hecho, al poco tiempo, él la violó aprovechándose de lo débil e infeliz que se sentía: “accanto allo stipite di una porta che divideva lo studio del babbo dall’ufficio comune, un mattino fu sorpresa da un abbraccio insolito, brutale, due mani tremanti frugavano le mie vesti, arrovesciando il mio corpo fin quasi a coricarlo attraverso uno sgabello, mentre istintivamente si divincolava. Soffocavo e diedi un gemito ch’era per finire in urlo, quando l’uomo, premendomi la bocca, mi respinse lontano...” (*Una donna*, 47).

Sibilla muy pronto se dio cuenta de que este hombre no era el hombre con el que ella había soñado, el príncipe de las leyendas. Al poco tiempo su compañero comenzó a privarla de libertad: “geloso, pretendeva da me mille rinunce assurde: non dovevo affacciarmi alla finestra, dovevo scappare in camera mia se qualche uomo capitava in casa, compreso il dottore della mamma” (*Una donna*, 53). A partir de entonces la personalidad de Sibilla se

ve anulada, por un hecho del que no era culpable, pero que la marcó para toda la vida.

Se vio obligada, durante muchos años, a tener que amar a un hombre sin quererlo, a soportar sus fuertes ataques de celos y a tener que vivir, por culpa de éstos, encerrada casi todos los días en su habitación, a tener que soportar grandes palizas,... Pero, cabe decir que su marido sí que hizo una sola cosa buena por ella, aunque indirectamente. Él le aconsejó escribir para entretenerse y así dejar de pensar, pero lo que él no sabía era que cuando ella comenzó a escribir la escritura se convirtió para ella en una liberación: “Ma qualche giorno dopo (del regalo della carta) mentre il bimbo era dalle mie sorelle nel tepido pomeriggio autunnale, io mi ritrovai colla penna sospesa in cima alla prima pagina del quaderno. Oh, dire, dire a qualcuno il mio dolore, la mia miseria; dirlo a me stessa anzi, solo a me stessa, in una forma nuova, decisa, che mi rivelasse qualche angolo ancora oscuro del mio destino!” (*Una donna*, 107).

Ella aguantó y aguantó, eso sí, sólo por su hijo, hasta que ya no pudo soportarlo más y se fue, abandonando para siempre a su marido. Pero ella continuó escribiendo porque quería que su hijo conociera toda la verdad, todo su drama y que supiese por qué se vio obligada a dejarlo a él también. La primera novela de Sibilla, *Una donna*, termina así: “Ed è per questo che scrissi. Le mie parole lo raggiungeranno”.

Hemos visto, pues, como Sibilla Aleramo fue una intelectual, una mujer que poco a poco sufrió una evolución en su ideología social, feminista y cultural, la cual favoreció su decisión de abandonar a su hijo, la persona que más quería, para convertirse en una persona que vivía, que se sentía viva.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

ALERAMO, S. *Una donna*, Feltrinelli, Universale Economica, 1999

ARRIAGA FLÓREZ, M. *Mio amore, mio giudice*, Piero Manni, Lecce, 1997.

BACHTIN, M. *Autore ed eroe ell'attività estetica*, 1979, it. 1988.

© Cristina Martín de Doria 2003

*Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

